

PRECIO EN MADRID.

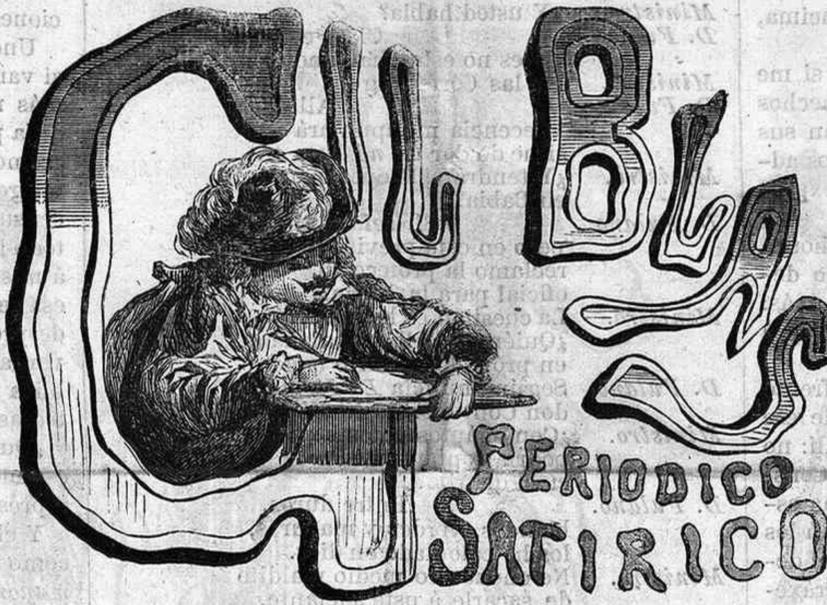
(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)
Por un mes... 4 reales.
Por tres id... 11 »
Por un año... 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al ADMINISTRADOR DE GIL BLAS.

Director: ROBERTO ROBERT.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon... 13 reales.
Por seis id... 28 »
Por un año... 30 »
EXTRANJERO.—Por tres meses... 30 »
ULTRAMAR.—Un año... 6 pesos.

Se publica dos veces a la semana, jueves y domingos.

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

Crónica.

Si yo acometiere la temeraria empresa de narrar aquí, aunque fuera en epitome, todos los sucesos referentes a los días que llevamos de elecciones, ¿sería mi trabajo un artículo del Gil Blas o un Titillimundi?

A la consideración de Vds. lo dejo.

Háganse Vds. la cuenta de que les he contado una porción de escenas de garrotazos; de alcaldes que prenden gente; de republicanos asesinados; de jamon y vino oficiales enviados a centros de elección; de clérigos que, ó predicán contra la libertad, ó sueltan tiros a los liberales; de millares de cédulas escamoteadas; de protestas; de telegramas falsificados, y de todas las tropelías monárquico-constitucionales propias de tales casos, y no me obliguen a repetir lo que esta vez sucede, porque cambiados los nombres de las víctimas, quizá los de los asesinos, los de los falsificadores, los de los atropellados y los de los ministros...

Pero no: los ministros no saben nada de eso.

¿Creerán Vds. que el día de la falsificación de los telegramas carlistas era ya tarde de la noche y el ministro aun ignoraba lo ocurrido?

¿Lo creerán Vds?... ¿Cuándo?

Porque yo sé que Vds., lectores, son unos sacos de malignidad.

Fuera del tragin electoral, en que el gobierno, como todos los gobiernos, obtendrá mayoría...

¡Qué mayoría trajo tambien Gonzalez Brabo! Y sin coacción ninguna: lo mismo que ahora.

Pues como digo, fuera de ese tragin electoral que dará gran mayoría al gobierno...

Aunque en punto a mayorías, no las labraba mal Narvaez, ¿eh? Y sin trampa, eso no, de ningun modo.

¡Qué mayorías aquellas!

No hay que darle vueltas: las simpatías del país lo hacen todo.

Volviendo a mi tema, dejando a un lado el movimiento electoral, que indudablemente dará al gobierno una gran mayoría...

Y para mayoría, no hay que olvidar la que trajo O'Donnell. Vamos, que me parece que aquello se podía llamar a boca llena mayoría numerosa. Y espontánea, natural, expresión verdadera de las ideas del país, sin enjuagues... nada, nada: como hoy.

(¿De qué hablaba yo, que no lo recuerdo?)

¡Ah! ya sé. Fuera del tragin de las elecciones, todo vuelve en España a recobrar su antigua fisonomía. Ya se sabe: la sociedad propende al orden.

Ahora, pasada la perturbación revolucionaria, ya vuelve el partido vencedor a desterrar al vencido; ya el alcalde recobra la costumbre de aporrear a los otros; ya el militar no promovido se retira lejos del gobierno ingrato; el sacerdote torna a la política; el milagro de los periódicos ministeriales sostenidos por catorce suscritores vuelve a realizarse con toda regu-

laridad, como la liquefacción de la sangre de San Genaro; el moderado, fuera del presupuesto, grita viva la libertad; el progresista, dentro del idem, grita viva el palo; todos los que toman destino lucrativo para pagar sus deudas afirman que hacen un sacrificio por la patria, y ni se nota la menor alteración en el hambre tradicional de los maestros de escuela, ni en la tolerancia evangélica de los que aman la Inquisición.

De modo que, ya digo, las cosas han vuelto a adquirir el buen sesgo, y hasta vuelven a publicarse aquellos sueltos en que se prueba que la Hacienda va prosperando, y para que se parezca más lo de ahora a lo de antes, la Bolsa se mantiene prudentemente debajo de 27.



Y como siempre, tambien los enemigos del gobierno se agitan tumultuariamente para crearle conflictos.

No le dejan vivir tranquilo, y yo no sé cómo el gobierno tiene tanta paciencia. No le permiten descubrir a los asesinos; le asesinan a dos republicanos en Sos; le prenden a otros en Oviedo; les privan a otros de cédulas en todas las provincias; en fin...

¿Por qué el Consejo de Estado declara nulos los actos de los consejos de guerra en las Vascongadas?

¿Por qué la Audiencia declara nula la lista de mayores contribuyentes? ¿Por qué se encuentra a todos los contribuyentes cuando se les ha de cobrar y no cuando se les ha de dar cédula electoral?

No sé; pero todo lo temo de los enemigos del gobierno, y voy creyendo, como los progresistas, que mientras haya libertad no podrá haber libertad.

Roberto Robert.

SUSCRICION NACIONAL.

Se me ocurre una idea.

Es decir, para hablar con más exactitud, se me ha ocurrido hace algunas horas.

En España no se premia el mérito, no señor.

Esto no es la idea, es solamente un corolario, y cualquiera puede figurarse qué tal será la idea cuando su simple indicación es origen de consecuencia tan luminosa.

Insisto en que la idea es buena, aunque me esté mal el decirlo. No hago más que darla vueltas en mi imaginación: la examino por arriba, la miro por abajo, la analizo por la derecha, la estudio por la izquierda, escudriño su fondo, y en cada nuevo aspecto encuentro nuevas bellezas y condiciones mejores; y como yo no soy de esos egoístas que guardan para su uso particular el resultado de sus investigaciones y el fruto de sus vigiliias, voy a someter al público mi pensamiento, seguro de que obtendrá favorable acogida.

Porque los españoles no somos de mala índole, ni desagradecidos por naturaleza, nada de eso: lo que hay es que meditamos poco, carecemos, por punto general, de iniciativa; pero una vez dado el primer paso en la buena senda, todos seguimos dócilmente por ella, que no hay más que pedir.

Pero volvamos a la idea.

En España hay dinero de sobra, bien que algunos

pícaros federales se empeñan en asegurar lo contrario; y digo yo: ¿pues por qué no ha de darse digno empleo a ese dinero? Vamos a ver, ¿por qué?

No hablo del que se destina a pagar el culto y el clero católicos, ni mucho menos del que frecuentemente remitimos al Padre comun, que ese al cabo bien empleado está, y sería imposible encontrar para él más santo destino; pero aparte de este, con el cual pagamos, demasiado baratas por cierto, innumerables bendiciones episcopales, papales y divinas, ¿no es un dolor que lo demás se malgaste en cosas de escaso valor y de poco momento?

Declarase, pongo por ejemplo, la fiebre amarilla en Barcelona, y aquí, y allá, y en todas partes se abren suscripciones para socorrer a las viudas y a los huérfanos de los difuntos pobres y de los braceros sin trabajo. Acaece una inundación, y vuelta a la suscripción para indemnizar en lo posible a las víctimas. Principia una guerra, y con ella principian simultáneamente suscripciones en favor de los heridos.

Y entre tanto rubor causa decirlo! ni un solo español se acuerda de otro asunto de más interés, de interés verdadero, de interés vital.

Tenemos dinero para socorrer viudas, huérfanos y heridos, y no lo tenemos para erigir una mala estatua a nuestros hombres notables.

Hay más, cuando por acaso algun aficionado toma por su cuenta el proyecto de eternizar un nombre por medio del arte, yerra comunmente en la elección de ese nombre.

En Madrid tenemos la estatua de un Miguel de Cervantes, ese que, si no estoy mal enterado, escribió algunas novelas hace bastantes años, y nadie—que yo sepa—se acuerda de construir la de Canete.

Allá en medio de la plazuela del Progreso se está aguantando en su broncea capa el bueno de Mendizábal, que a la postre nada hizo digno de memoria sino fundir las campanas de las iglesias para fabricar moneda, y que ni peroró en los meetings de la Bolsa, ni comentó a Bastiat, ni fué economista, ni nada, y en cambio a nadie se ocurre colocar en parte alguna la estatua de D. Segismundo Moret y Prendergast, ministro de Hacienda, orador, economista, sabio y buen mozo, y todo.

Pues bien; yo quiero reparar ese olvido injustificado de mis contemporáneos: no en lo que a Moret se refiere, que este al fin es todavía muy joven, y ya dará motivos—por ejemplo, cuando vuelva a redeseñantar el tabaco—para que le levanten monumentos, sino con respecto al gigante de la presente situación política, y comprenderán Vds. que sólo puedo aludir al ministro de la Gobernación, al Excmo. señor D. Práxedes Mateo Sagasta.

Esta es la idea.

Propongo, pues, a mis compatriotas todos, sin distinción de edades ni de sexos, una suscripción nacional para erigir una estatua al Sr. D. Práxedes.

Es de advertir que la estatua debe ser ecuestre.

Que quizá previendo que algun día sus paisanos habian de dar al señor ministro digna recompensa, el bey de Tanez le regaló oportunamente un corcel brioso.

Si ya sus anteriores servicios no le hubieran hecho acreedor a esta honra, serialo sobradamente por la energía, la audacia y el ingenio que ha revelado en

la última campaña electoral, en que—dicho sea sin ofender á nadie—se ha colocado muy por encima, mucho, de los Gonzalez Brabo y los Posadas.

Creería yo inferir un agravio á mis lectores si me detuviera ahora á justificar mi aserto. Los hechos son más elocuentes que las palabras. Ahí están sus hechos, todos los hemos visto y juntos los hemos admirado; digan ellos bien lo que yo no podría expresar dignamente.

Para que todos los españoles puedan tener la honra de contribuir á la realizacion del proyecto, sólo deberán admitirse donativos de una peseta á lo más: así y todo, lo recaudado ascenderá en pocos días á muchos millones.

La estatua podría colocarse, por ejemplo, enfrente del palacio del Congreso, sustituyendo á la de ese Cervantes ya mencionado, que de nada sirve allí: no sería impertinente que tuviera en una mano la Constitución democrática (1) de 1869 y en la otra una espada flamígera: no estaría mal tampoco colocar á los pies del caballo un pícaro federal, como pintan al demonio á los pies de San Miguel, con lo cual D. Práxedes vendría á ser un arcángel á caballo: la corona de laurel en vez de sombrero es de necesidad; pero estos pormenores de ejecucion deben dejarse á la inspirada inventiva del estatuario.

Como presumo que aun despues de hecha la estatua á todo coste ha de quedar dinero sobrante, propongo tambien que se acuñe una medalla conmemorativa de este triunfo maravilloso.

En el anverso el busto del ministro coronado de laurel, y alrededor esta leyenda: «Al divino Mateo, los españoles reconocidos.»

En el reverso una losa de plomo aplastando á un progresista: en la losa debe leerse: «Derechos individuales,» y alrededor: «Elecciones memorables de 1871.»

Yo sé que la idea es buena y por eso la he lanzado. Sé tambien que mis compatriotas han de secundar este pensamiento.

Erijamos la estatua y tenga yo la honra de iniciar esta suscripcion gloriosa.

Suscripcion para erigir una estatua ecuestre á Sagasta.

NOMBRES. ESCUDOS.

Un redactor de Gil Blas... 0,025

A. Sanchez Perez.

UNA ESCENA ELECTORAL.

EL MINISTRO.—D. FULANO.—UN PORTERO.

El teatro representa el despacho del ministro. Al levantarse el telon, este dice al portero que aguarda cerca de la mampara:

Ministro. Que entre el Sr. D. Fulano.

D. Fulano. (Entrando).

Beso...

Ministro. Bien, dejemos eso.

D. Fulano. Beso á vucencia...

Ministro. Ea, al grano.

D. Fulano. Beso la...

Ministro. Basta de beso.

D. Fulano. Beso á vucencia la mano.

Ministro. Sí, para besos estoy cuando me asfixia la rabia.

Ministro. ¡Qué día! ¡Qué día el de hoy!...

Ministro. ¿Con que usted es?...

D. Fulano. Señor, soy el candidato por Babia.

Ministro. He estado allí con frecuencia.

D. Fulano. ¡Qué dato para la historia!

Ministro. ¿Con que ha estado allí vucencia?

D. Fulano. Yo estaba en la inteligencia de que había sido en Coria.

Ministro. Y vamos á ver, ¿qué pito toca usted en su distrito?

D. Fulano. Yo soy persona muy cauta; ni hablo, ni canto, ni grito, ni toco pito ni flauta.

Ministro. Aquí hablamos sin testigos: ¿usted será del gobierno, amigo?

D. Fulano. Y amigo tierno; que es bueno tener amigos aunque sea en el infierno.

Ministro. ¿Y tiene usted influencia en el distrito?

D. Fulano. Eso no; se lo aseguro en conciencia; pues ¿si la tuviera yo querría la de vucencia?

Ministro. Pero ¿qué merecimientos tiene usted?

D. Fulano. Soy progresista.

Ministro. Eso ya salta á la vista.

D. Fulano. Y tengo, entre otros talentos,

el de ser amadeista.

Ministro. ¿Y usted habla?

D. Fulano. Claro está:

Ministro. ¿pues no estoy hablando aquí?

D. Fulano. En las Cortes digo.

Ministro. Allí vucencia me apuntará si he de dar un *no* ó un *si*.

Ministro. ¿Y tendrá usted oposicion en Babia?

D. Fulano. Sí, señor, mucha; pero en esta prevision reclamo la proteccion oficial para la lucha.

Ministro. La cuestion es harto seria.

D. Fulano. ¿Quién está allí trabajando en pró del contrario bando?

Ministro. Segun anuncia *La Iberia*, don Contubernio Nefando.

D. Fulano. ¿Con cuántos votos seguros podría contar usted en el distrito?

Ministro. Entre duros, blandos, verdes y maduros, los he calculado en diez.

D. Fulano. No encuentro medio maldito de sacarle á usted adelante.

Ministro. Pues yo le encuentro al instante; mande vucencia al distrito una columna volante.

D. Fulano. ¡Un recurso tan gastado!

Ministro. Pero da su resultado.

D. Fulano. A la prensa tengo miedo.

Ministro. La prensa no importa un bledo, si yo salgo diputado.

D. Fulano. Despues de haber cometido tantísima atrocidad...

Ministro. Pero se sirve al partido...

D. Fulano. Vamos, señor, que lo pido con mucha necesidad.

Ministro. Mándeme una division.

D. Fulano. Es imposible, á fé mia.

Ministro. Al ménos, un batallon.

D. Fulano. Nada: ni una compañía, ni un capote, ni un boton.

Ministro. Señor, que tengo seis hijos...

D. Fulano. Mándelos usted á la escuela.

Ministro. Y tras años prolijos, sin sueldo ni ingresos fijos...

D. Fulano. Cuénteselo usted á su abuela.

Ministro. Soy liberal.

D. Fulano. ¿Y á mí, qué?

Ministro. Jamás he tenido empleo...

D. Fulano. Ea, no me muela usted.

Ministro. Y además, me entusiasme con aquello de Amadeo.

D. Fulano. (En ademán de despedirle.) Vaya, agur, hasta la vista.

Ministro. Terminemos el negocio: además de ser realista,

D. Fulano. ayer me aceptó por socio la Tertulia progresista.

Ministro. ¡Y no lo ha dicho usted antes!

D. Fulano. Es usted un santo varon. De usted será la eleccion... Irán doscientos infantes, dos piezas y un escuadron.

Ministro. (El candidato cae de rodillas, el telon cae de lo alto y el espectador cae de espaldas.)

CAMPILLO.

¡POBRECILLOS!

No hay angustia comparable con la angustia que estos dias acomete á los infelices ministeriales.

¿Qué quiere Vd. que le diga? ¡Me dan compasion!

Yo los veo por esas calles mústios, macilentos, avinagrados, fija en el suelo la mirada y la imaginacion clavada en las urnas electorales.

A veces se los oye pronunciar algun monosílabo interrogativo, á veces entonan el

¿Ganaremos? ¡Ojalá!

¿Perderemos? ¡Voto vá!

¡Infelices!

¡Y han templado sus deseos patrióticos! ¡Qué! ¿no lo sabia Vd.? ¡Ah! ¡Pues sí señor!

Ni paran, ni sosiegan, ni reposan; jellos, tan aficionados al reposo! Hombre, ni comen: jellos, que serian capaces de comerse á la nacion, y que á veces parece que se la están comiendo en efecto!

El primer dia de elecciones preguntaba un progresista á otro: «¿Cuántas mesas tenemos?»—«Hombre, ¿aun piensa Vd. en comer?» contestó el interpelado sepultando un lagrimon en las escabrosidades de su bigote.

¡Vamos, que no lo puedo remediar! Yo soy muy compasivo y me afectan mucho estas cosas. ¡Si viera Vd. qué pena me da ver estos dias á un progresista!

Es decir, todos no son así, porque tambien se suele encontrar algun ministerial que en vez de bobo es

cuco, y se prepara á recibir lo que venga de las elecciones, sea lo que sea y predomine lo que predomine.

Uno de estos me decía antes de ayer: «¡Pero hombre, si vamos á analizar las cosas, aun resultará que soy más republicano que Vd.! Yo he aceptado la monarquía porque sé que despues viene la república; si no, ¿cómo la habia yo de acatar? ¿No lo vé Vd. claro? A mi gente la conozco yo mejor que Vd. Yo sé, y lo censuro con todas mis fuerzas, que no se ha cumplido todo lo que en la revolucion se ofreció. Yo se lo digo á mis amigos: ¡Esas quintas—les digo—ese estanco, esa centralizacion, esas prisiones, esos atropellos nos desprestigian! ¿Pero yo solo, qué voy á hacer? ¿No es verdad? Mire Vd.: si por un acaso viniera la república me veria Vd. á sus órdenes. ¿A que lo cree usted así?»

¿Que si lo creo? ¡Y tanto! Por eso me ahogo, por eso me angustio al ver el difícil y enojoso papel que representan estos dias algunos ministeriales.

Y el caso es que ellos se animan los unos á los otros como si representaran la comedia *A un cobarde, otro mayor*.

Si lee Vd. un periódico ministerial, verá que nos concede 30 diputados en las próximas Cortes.

Otro dice que nos dejarán tener hasta 39.

Otro exclama que se ha roto la coalicion.

Y así todos.

Cuando se encuentran en la calle dos progresistas, se dicen uno á otro, el que primero puede: «¡Vaya! Ánimese Vd.; vengo del ministerio y hay muy buenas noticias de la eleccion; ni un solo diputado de oposicion tiene asegurado el triunfo. ¡Ánimo! ¡Valor!»

Y me da más pena y sentimiento aun ver los esfuerzos titánicos que hacen los infelices para inhabilitar las oposiciones.

En un pueblo asesinan al presidente de un comité republicano.

En otro no sólo le asesinan á él, sino que asesinan á su hermano y á un caballo, y luego los queman, y quizás se habrán calentado en aquella hoguera.

Al mismo tiempo habla un periódico de la visita del Sr. Moreno Benitez á Brunete.

La Época dice que los soldados que van á votar son muy guapos y muy jóvenes.

La Regeneracion publica un extenso relato de *fatificaciones* telegráficas de que han sido víctimas los carlistas.

Y mire Vd., á pesar de todo esto no les sale á ellos el susto del cuerpo.

Y verá Vd., verá Vd. cuando hoy domingo empiecen á llegar rectificaciones á las noticias de júbilo recibidas estos cuatro dias pasados.

Verá Vd. cuánto progresista bobo se cae muerto por esas calles de Dios.

Verá Vd. cuánto progresista cuco sale diciendo: «¡Si yo ya le dije á Vd. que era republicano hasta las cachas!»

¡Oh! Exclamemos con un candidato progresista que está aprendiendo el francés: «¡Cuán bien son malheureux los ministeriales!»

CORZUELO.

DESAGRAVIO.

Una epistola.

Sr. *Gil Blas*. Muy señor mio: Leo muy raras veces los periódicos de oposicion, pues á más de no ser muy aficionado á esa clase de lectura, tengo poco tiempo de que disponer, y ese le consagro ordinariamente á saborear los papeles ministeriales: esto no obstante, una casualidad hizo que llegase á mis manos el *Gil Blas* correspondiente al juéves último, y maquinalmente, sin darme siquiera cuenta de lo que hacia, leí un artículo, cuyo epigrafe, *Por las ramas*, habia despertado mi curiosidad de naturalista.

Pues, señor mio, he tomado la pluma para decir á Vd. que el tal artículo es un tejido de inexactitudes y de falsedades.

Esto no me admira, pero me enoja. No me produce extrañeza, pero me irrita.

Desconocer que el gobierno que, para fortuna de España, rige los destinos del país ha superado en todo y por todo á cuantos habiamos conocido hasta ahora, es negar la evidencia.

Bien que Vd. es republicano federal, y de un federal, ¿qué puede esperarse?

Vd. mismo, á pesar de todo, se ha visto precisado á reconocer que el comandante general del Maestrazgo, pronunciando aquel discurso contra las galli-



Los tres personajes más principales de Sevilla que tomaron parte en el sentimiento general demostrado por TODOS los partidos.

¡ Vaya una guasa !!!

nas de Forcall, logró colocarse á envidiable altura; pero se obstina Vd. en sostener que aun eso es poco, que nada es nuevo, que hay que apelar á otros recursos, y que el gobierno perderá las elecciones: pues no perderá tal, no señor. A fé que buenos miles de duros se han repartido para ganarlas por quien yo me sé, que por cierto no ha sido republicano ni carlista: ¿qué había de ser? si entre todos los coaligados no reunen lo suficiente para sobornar al elector más humilde; ¡hambrones!

¿Con que es viejo y es manoseado todo lo que hoy se hace? Ya comprendo yo que el objeto de Vd. es disminuir el efecto de los agentes del gobierno, atenuar el mérito de sus previsoras medidas; pero no será así, que por fortuna aquí estoy yo para dejar las cosas en su lugar.

Con que todo viejo, ¿eh? Pues mire Vd., en Oviédo han preso al director de *La Joven Asturias*, y á un redactor, y al regente de la imprenta, y al repartidor del periódico. ¿Recuerda Vd. algo parecido á esto?

Vamos á ver: ¿y qué me dice Vd. del telegrama de Aparisi y Guijarro? ¿Es cosa antigua esa?

¿Y de la circular con firma supuesta de republicanos conocidos?

Pues yo no sé si habrá Vd. conocido muchas elecciones en que los soldados vayan á los colegios como van á visitar las estaciones el Juéves Santo y con los jefes á la cabeza: digo, y lo de hacer elector á todo soldado—como yo presumo que se ha hecho, aunque no esté seguro de ello.

¿También le parece á Vd. viejo lo de hacer que desaparezcan muchos millares de papeletas? Sea así, aunque nunca se ha llegado á tanto; pero confiese

Vd. que un presidente de una mesa comprando votos falsos, tiene algo de inaudito y de inusitado: pues esto ha sucedido en Madrid, y si no, ahí están los individuos del barrio del Escorial, que no me dejarán mentir. Y si de Madrid paso á provincias, ¿qué podré decir, si la única dificultad con que se tropieza es la de elegir entre los infinitos motivos de aplauso que á nuestra vista se presentan?

En Brea un alcalde encarceló al presidente del comité republicano sólo por haberse permitido cantar una copla que desagradó á la autoridad.

En Ollería se asesina.

En Alcoy se altera el orden.

En Medina-Sidonia hay motines y asonadas.

En Guadix, y en Elche, y en Almadén se recuentan los votos á tiros.

Y todavía me faltan muchos datos.

No quiero seguir; pero conste que cuando dijo usted que el gobierno se andaba por las ramas, no supo Vd. lo que se decía.

Que el ministerio, y sobre todo el de la Gobernación, están haciendo lo que nunca se ha hecho, y que si pierde las elecciones—cosa que no espero—no será por falta de decisión y de energía.

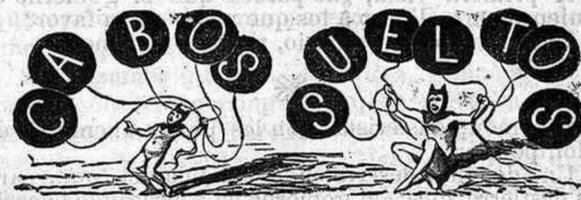
¡Aun hace poco! Señor, ¿pues qué quería usted que hiciera? Yo no recuerdo de ningún gobierno que tan bien y con tal decisión haya practicado nuestros principios.

Un progresista.

Contestacion.

«Hombre, puede que tenga Vd. razon.»

GIL BLAS.



Nuestro querido amigo y compañero Luis Rivera se encuentra en Sevilla, y se muestra en extremo complacido de la afectuosa acogida que allí se le ha hecho.

Tomamos una parte muy directa en las satisfacciones de Luis Rivera, y agradecemos, como si á nosotros fueran dirigidas, las pruebas de aprecio que de continuo recibe.



Alrededor del período electoral, los monárquicos de Amadeo copian á los monárquicos de Isabel, fingiendo proyectos de sublevación republicana.

Y diarios de nuestra comunión tienen la inocencia de desmentirles.

Pero venid acá, bobalicones colegas y candorosos correligionarios míos, decidles que sí; que nos proponemos sublevarnos cuando nos tenga cuenta; que vamos reuniendo dinero y generales para derribarlo todo; que somos fieles continuadores de todos los que hoy ocupan el poder.

¿Y qué? No parece sino que las sublevaciones hayan de ser monopolio de los partidos de orden. No, pues por esto no paso.

Yo no renuncio á ellas. España sin procesiones ni bullangas perdería el color local, y yo no quiero ver descolorida á mi patria.



Un sacerdote en capullo, un botoncito teológico, un seminarista de diez y ocho abriles nos escribe en papel rayado, haciéndonos saber lo que él sabe acerca del modo que emplea la Iglesia para publicar los milagros.

Además, el inexperto mozo nos participa que lee el *Gil Blas* por ver el veneno que encierra, y con el deseo de protestar y vencer á los enemigos de la Iglesia...

¡Jóven audaz! Rectifica tus ideas. Tú podrás, ¡oh futuro levita! cobrar de los enemigos de la Iglesia; podrás vivir á costa de su trabajo; no lo dudo: esto está en lo posible.

Pero vencerles... ¡chiquillo!... Sólo dos cosas te diré para desengañarte:

Primera: no se escribe *el echo*, sino «el hecho.»
Segunda: no se escribe *recebido*, sino «recibido.»
Ahora coge la gramática y mi bendición; y ¡sé feliz!

✱

El brigadier Ametller no es *promovido*.
El brigadier Ametller dimite su cargo.
El brigadier Ametller va á ser ascendido á mariscal de campo.

El brigadier Ametller es designado para la subsecretaría de Guerra.
¡¡Al fin!!!

✱

Ha sido preso uno de los sugetos que por medio de cartas usurpadas en Correos falsificaban letras y las cobraban.

Esta vez á lo ménos, la policía...
La policía no ha hecho nada en este asunto.
El descubrimiento y captura del susodicho se deben á un empleado de Correos.

✱

Este año publicará *La Correspondencia* varias noticias calcadas sobre el modelo siguiente:

«Acaba de fallecer el distinguido hombre público D. Fulano, persona muy simpática, que, apoyado por el gobierno en las últimas elecciones, fué vencido por escaso número de votos.

»Se dice que los disgustos políticos han influido en su prematura muerte. La patria pierde... etc.»

✱

Después del bando del gobernador de Madrid prohibiendo insensatamente á los electores el calificar y pregonar las candidaturas, los agentes de la autoridad, con su uniforme en que campean los colores nacionales, han tenido el honor de ofrecernos candidaturas monárquicas, pregonándonoslas con sus calificativos correspondientes.

✱

La Iberia ha oído decir que las oposiciones repartían dinero para comprar votos.
Otro día dirá que en las oposiciones no hay nadie que tenga que perder.

—

Pongo por caso: el director de *La Iberia* ha votado en favor del gobierno.

Ese director vive de lo que cobra del gobierno.
A primera vista, ¿no parece que el gobierno es quien reparte dinero á los que votan en su favor?
Pues mirándolo despacio, parece lo mismo.

✱

Los montpensieristas son los peores enemigos de Montpensier.

Uno de ellos, describiendo la salida del duque para su destierro, dice: «el gobierno ha conseguido hacerle popular.»

¡Ah incauto! ¿Es decir, que confiesas que antes no tenia popularidad?

¡Y querían encajárnosle de rey, nada ménos!

✱

Cuando mandaban los monárquicos moderados, excluían de las listas electorales al primer contribuyente de Madrid, que era D. Santiago Alonso Cordero.

Ahora que mandan los monárquicos progresistas, resulta excluido el banquero D. Nazario Carriquiri.

¡Ojo por ojo! ¡Diente por diente!

✱

—De los independientes que han retirado sus candidaturas por motivos de delicadeza, ¿qué opina Vd.?

—Que recibirán algún empleo.

—Hombre... vengan esos cinco: conformes.

✱

Los ministeriales de Tarancon desmienten la noticia de que allí exista y cometa excesos la Partida de la Porra.

También aquí se desmintió cuando el asesinato de Azcárraga y el escándalo del teatro de Calderon al representarse la bufonada cómica *Macarronini I*.

Esto se llama proceder todos á una.

✱

Unos monárquicos tarraconenses han regalado un guardapelo al que fué secretario de las Constituyentes, D. Mariano Rius.

¡Regalar un guardapelo á un hombre político!...

¡Condenarle á guardapelo perpétuo en señal de gratitud!...

¡Yo comprendo esos regalos entre Pablo y Virginia; pero entre electores y diputados!...

¡Dios mio! ¡Y que cada día al levantarnos estemos expuestos á conflictos semejantes!

✱

En el asilo de mendicidad de San Juan del Pardo dicen algunos que se carece de lo principal.

Es falso. Lo principal en un asilo de mendicidad son los mendigos, y en San Juan hay un surtido tan completo de ellos, que no les alcanzan los recursos de la casa.

Esta es la verdad. Lo demás es gana de hacer oposición absurda.

✱

El ministerio de la Guerra pregunta al Consejo de Estado qué pena merece el patriarca de las Indias que declara con franqueza no reconocer la legalidad existente ni obedecer otra autoridad que la del Papa de Roma.

Me alegro de no ser Consejo de Estado, porque no sabría qué contestar.

Empíricamente, no se ven más que dos caminos: si el patriarca cobra de España, dejarle cesante.

Si no cobra, ¿quién se ocupa de patriarcas?

✱

Por la publicación de una hoja impresa se ha puesto incomunicados en Oviedo á varios republicanos.

¡Ira de Dios! ¡Llegan á publicar dos hojas, les dan garrote.

✱

El alcalde de Brea es monárquico.

Y ese alcalde ha encarcelado, segun dicen, al presidente de aquel comité republicano, por el delito de haber cantado la siguiente copla:

«Republicana es la luna,
republicano es el sol,
republicana es mi amante,
republicano soy yo.»

—

Hizo bien el alcalde: esto es subversivo, ó sedicioso, ó algo.

Más le valdria al presidente de aquel comité haber cantado, por ejemplo:

El rebuznar del jumento
no me llama la atención;
que el alcalde de mi pueblo
rebuzna mucho mejor.

De este modo pagaba un tributo de justa alabanza á la autoridad y no iba á la cárcel.

✱

El gobernador de Madrid encargó á los alcaldes de la provincia que castigaran los excesos que pudieran cometer *las oposiciones coaligadas*.

De los excesos que por fuerza han de cometer los ministeriales coaligados, no dijo una palabra.

No: hipócrita no es.

✱

Leo que en Guadix un sacerdote católico, apostólico, romano ha disparado arma de fuego contra los hermanos del Sr. Alarcon.

¡Del ex-teólogo y ex-demócrata Alarcon, que hace poco recibía una bendición telegráfica del Papa católico, apostólico, romano!

Pero ¿qué sacerdotes, qué electores, qué católicos y qué bendiciones son esas?

¡Es que me urge averiguarlo!

✱

Damos la enhorabuena al Sr. Nandin, que, aliviado de su herida, ha podido salir á la calle, y le deseamos cordialmente el más completo restablecimiento.

✱

Hemos tomado una parte muy activa en el saqueo de varios almacenes y ricos establecimientos de París, de que habrán Vds. leído algo en pavorosos escritos ministeriales.

Hemos vuelto satisfechos, pues en el botín nos han correspondido cruces, entorchados, grandes sueldos, bienes nacionales, títulos, participaciones en negocios lucrativos y otras frioleras.

Por consiguiente, cuando por estas señas conozcan Vds. á alguno, bien pueden exclamar: ¡Ese estuvo en el saqueo!

Y no se equivocarán

✱

Ya tendrán Vds. noticia de los numerosos telegramas en que, falsificadas las firmas de los señores Aparisi y Canga Argüelles, se daba orden á los carlistas de que abandonasen la lucha electoral.

¡Oh! los enemigos del orden, que inventaron ese ardid, se proponían el triunfo del ministerio para condenarle á revolcarse en su lecho de espinas, vulgo banco azul, donde padecen todos los dolores, ménos el remordimiento.

Pero hay un Dios que vela por los ministros inocentes: el fraude fué descubierto á tiempo y no se verá logrado el criminal propósito.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

✱

¡Oh! los enemigos del orden, que inventaron ese ardid, se proponían el triunfo del ministerio para condenarle á revolcarse en su lecho de espinas, vulgo banco azul, donde padecen todos los dolores, ménos el remordimiento.

Pero hay un Dios que vela por los ministros inocentes: el fraude fué descubierto á tiempo y no se verá logrado el criminal propósito.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

Los ministros, al tener noticia de aquella infamia, tuvieron un gran disgusto; pero ya están mejor.

LA ESPUMADERA DE LOS SIGLOS

POR ROBERTO ROBERT.

Se ha publicado la primera entrega, que contiene:
Introducción.
El dinero de la Iglesia.
Dirigirse á D. J. E. Morete, editor, calle de las Beatas, 12, Madrid, y principales librerías.
Dos reales la entrega.

MADRID: 1871.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.